

## POSICIÓN DE ALFONSO REYES EN EL DESARROLLO DEL PENSAMIENTO MEXICANO

“Entre las crisis interiores y las turbulencias exteriores de su época, que tanto borran y perturban los contornos del bien y el mal, este hombre humilde supo amar a su país y supo ser fiel a su vocación. Olvidemos sus errores, e imitémoslo en eso”\*.

En el desarrollo del pensamiento mexicano de la primera mitad del siglo xx hay tres momentos clave que jalonan el proceso que da sentido a la formulación actual en pro de una filosofía de la liberación. Esta afirmación, como todo intento de clasificación que se proponga proyectar un orden en la sucesión misma de los hechos, presupone, naturalmente, partir desde una perspectiva concreta. Mi punto de arranque es la repercusión universal que adquiere hoy día la propuesta iberoamericana de un pensamiento de la liberación en el que de nuevo la filosofía y la teología caminan juntas en la expresión de un humanismo integral. Ésta es una realidad concreta. Es, además, la primera vez que lo pensado en Iberoamérica repercute fuera de sus fronteras. Y con ello se cumple igualmente la profecía de Reyes cuando en 1936 nos dice que “si la economía de Europa ya necesita de nosotros, también acabará por necesitarlos la misma inteligencia de Europa”<sup>1</sup>.

\* Mientras no se indique lo contrario, todas las citas provienen de las *Obras completas de Alfonso Reyes* (en adelante, *AROC*), FCE, México, 1955-1979. Se citan también textos de *Marginalia*, Tezontle, México, 1952; *La X en la frente*, Porrúa y Obregón, México, 1952; *Epistolario Alfonso Reyes/José María Chacón*, ed. Zenaida Gutiérrez Vega, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1976; y ALFONSO REYES-PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Correspondencia 1907-1914*, ed. José Luis Martínez, FCE, México, 1986. La cita del epígrafe aparece en *AROC*, t. 8, p. 197.

<sup>1</sup> *AROC*, t. 11, p. 86.

De un modo esquemático, el primer momento coincide con la integración de la inteligencia mexicana al proceso revolucionario mediante una formulación teórica que daba sentido a la Revolución misma y encauzaba su ulterior desarrollo. El segundo momento corresponde a la institucionalización del proceso en dos focos de cooperación: la Facultad de Filosofía y Letras y El Colegio de México. El tercer jalón de este proceso, en el cual se añade ya una proyección continental, lo constituye la unión del foco mexicano con el foco argentino que dirigía Francisco Romero. Tres momentos clave íntimamente unidos a la obra de Alfonso Reyes y que coinciden también con tres presencias decisivas de Reyes en el ámbito mexicano y con tres etapas en su desarrollo. En el primer momento, de desorientación e interiorización tanto en el nivel personal como en la realidad nacional, Alfonso Reyes da a conocer en México, a partir de 1916, la obra de Ortega y Gasset; y en ella encontraron los mexicanos una respuesta epistemológica a sus inquietudes. En el perspectivismo de Ortega, en su teoría de las circunstancias, en sus reflexiones sobre las “generaciones” y los conceptos de “ideas” y “creencias”, encontraron los intelectuales mexicanos una formulación teórica de lo que ellos ya vivían, de lo que palpitaba en el pueblo, del sentido mismo de la Revolución. La segunda presencia de Reyes coincide con la fundación y dirección de El Colegio de México y la estrecha colaboración que desde el principio mantuvo con la Facultad de Filosofía y Letras: su labor ahora se proyecta principalmente a través de Samuel Ramos y José Gaos. La tercera presencia tiene lugar en la culminación de un antiguo sueño de Reyes: unir a los intelectuales iberoamericanos en un proyecto común, unir, especialmente, la labor que había iniciado Francisco Romero en Argentina con los centros mexicanos. Leopoldo Zea, uno de los primeros frutos de la estructuración institucional de Reyes en México, será el llamado a dirigir esta cooperación interamericana y a comenzar la formulación metódica de un pensamiento iberoamericano.

Bajo esta perspectiva, Reyes se nos presenta no sólo como una de las figuras centrales del pensamiento mexicano, sino también como uno de los puntales que hicieron posible el surgimiento a finales de la década de los cuarenta de un esfuerzo coordinado de recuperación del pasado intelectual iberoamericano. A pesar de ello, su pensamiento ha sido poco estudiado y queda con frecuencia perdido en la borrasca de ataques y defensas que, preocupadas con el árbol de lo superficial, olvidan el bosque y tras-

endencia de su contenido. Alfonso Reyes es un clásico del pensamiento mexicano y como clásico lo trataremos aquí. Es decir, no nos interesa lo que pudiera haber de caduco en su obra, sino la dimensión de aquellos elementos que significaron un aporte al desarrollo del pensamiento mexicano, iberoamericano, actual.

#### LAS CIRCUNSTANCIAS: EL HOMBRE Y LA OBRA

En nuestro intento de interpretar a Reyes desde la ventajosa perspectiva de una definición dada —la del pensamiento iberoamericano en la década de los ochenta— pero ateniéndonos estrictamente a su obra escrita, se nos planteó primero el problema de cómo penetrar el círculo hermenéutico de tal modo que nos diera acceso a su obra, y hacerlo al mismo tiempo desde ella; es decir, aproximarnos a Alfonso Reyes a través de una exposición “alfonsina”. La respuesta la encontramos en el carácter ensayístico de su obra que muestra, en terminología de Unamuno, “al hombre de carne y hueso”. En efecto, Reyes se nos entrega no sólo en su pensamiento sino también en el proceso mismo de pensar. De ahí que sus obras sean con frecuencia el resultado maduro de una reflexión, junto al desarrollo mismo de su gestación. En su ensayo “Pasado inmediato” encontramos una clave que se repite constantemente a lo largo de sus escritos y que muestra el camino hacia la comprensión: “Sumando varias perspectivas, varios sistemas de referencia; reduciendo unos a otros; teniendo en cuenta la relatividad de todos ellos, y su interdependencia para un ojo omnipresente que acertara a mirar el cuadro desde todos los ángulos a la vez, nos acercaremos al milagro de la comprensión”<sup>2</sup>.

Alfonso Reyes residió en España durante los años clave de la Revolución y ello, sin duda, influye en su desarrollo intelectual y en su modo peculiar de interpretar a México. Pero los sucesos mismos, en la pluralidad de interpretaciones con que le llegaban a través de las diferentes perspectivas de los intelectuales de su generación, y el exilio en el que él se sentía vivir, lo aproximaron más a México, agudizaron su comprensión de la realidad mexicana y le proporcionaron la perspectiva necesaria para su análisis. Fueron años formativos en íntimo contacto con los intelectuales españoles y, sobre todo, con las ideas vitalistas de Ortega y Gasset. La cultura, nos dice Reyes, “es una función unificado-

<sup>2</sup> *AROC*, t. 12, p. 182.

ra. Los fenómenos se *estudian* y se *describen* por partes, pero *existen* en manera de continuidad. Lo aislado no se da ni en el espíritu ni en la naturaleza”<sup>3</sup>. Coincide también con Ortega en la importancia de las generaciones en el devenir histórico: “La verdadera cultura sólo existe en cuanto aparece la transmisión de sus contenidos. Tal transmisión se opera, en el orden horizontal del espacio, por comunicación entre coetáneos, y en el orden vertical del tiempo, por tradición entre generaciones”<sup>4</sup>. Pero Reyes no sólo vive como individuo esos principios sino que también los proyecta más allá del ámbito teórico, hasta permear su actividad práctica tanto en sus responsabilidades diplomáticas como en su obra escrita y en su papel de líder intelectual mexicano durante la primera mitad del siglo xx. Reyes es, como mostraremos más adelante, una ventana mexicana abierta a Europa. Y su obra pide igualmente ser interpretada desde su circunstancia individual y, sobre todo, desde la circunstancia cultural en la que él se formó y de la que fue portavoz. Como Reyes mismo afirma en su estudio “El método histórico en la crítica literaria”, únicamente de este modo se podrá evaluar la aportación que un individuo lega a su generación y la repercusión que consigue en el devenir de las generaciones que le siguen:

La verdad es que el individuo es un depósito de tradiciones y hechos generales en proporción de tres a uno. Hay que computar ese no individuo que lo envuelve, para después atacar la otra cuarta parte menos reducible al estudio. Esa “circunstancia” en torno al individuo está hecha de pasado y presente; se la separa con el método histórico. El residuo es la originalidad, y su eficacia se mide por el efecto que produce en su época y en las posteriores. Después de todo, la grandeza no está en la mera originalidad, sino en la síntesis de estímulos humanos que el individuo representa. Luego hay que llevar el análisis en un doble sentido: reconstruir la originalidad y reconstruir la serie humana en que ella encaja<sup>5</sup>.

Esta posición que postula Reyes, y que nosotros vamos a seguir en la exposición de su pensamiento, nos lleva de un modo natural a una apertura que da cabida a una visión más amplia del concepto de México y que presupone ya el método asuntivo, es decir, una superación a través de la asimilación, implícito en

<sup>3</sup> *AROC*, t. 11, p. 207.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 257.

<sup>5</sup> *AROC*, t. 14, pp. 238-239.

la obra de Reyes, y pilar fundamental del actual pensamiento iberoamericano. Ello nos permitirá igualmente delinear con más precisión la posición inequívoca que caracteriza a Reyes a partir de la década de los veinte, y que muy bien podría resumirse en lo tocante a México con las siguientes palabras de su ensayo “El hombre y su morada”, de 1943:

Nuestra historia no puede trazarse exclusivamente por dentro, sino sólo en referencia constante al campo histórico que la rodea y la nutre desde afuera. La candorosa afirmación del P. Rivera, que ve en la independencia una continuación lógica y natural del imperio azteca, estorbada por la oscuridad de varios siglos, es una de las mayores sandeces que se han escrito, aunque la haya recogido un día nuestra prensa universitaria, por expresa recomendación de un Presidente de la República<sup>6</sup>.

Es decir, como afirmará años más tarde en *Marginalia*, “nuestras esculturas están, muchas veces, trabadas todavía en la cantera, en la roca. Estudiémoslas sin desvirtuarlas, sin aislarlas artificialmente de la «circunstancia» que las hizo posibles”<sup>7</sup>; y de un modo que nos aproxima más a su persona, nos advierte que “si no tomamos en cuenta algunos factores sociales, históricos, biográficos y psicológicos, no llegaremos a una valuación justa”<sup>8</sup>.

El elemento más constante en la vida y obra de Alfonso Reyes es precisamente el haberse mantenido fiel a su realidad circunstancial, pero no en el sentido de haberse dejado llevar por el vaivén de los conflictos que tuvo que atravesar, sino por haber mantenido —en ocasiones con grandes sacrificios— su integridad humana en el dominio personal de sus circunstancias y en el grito con que reclama angustiosamente su libertad; “esa parte” preciosa de su ser que dará significado a las “otras tres partes”, proyecciones, al fin, de su circunstancia personal como mexicano, como iberoamericano, como hombre de letras al servicio de una causa. Brevemente: Reyes nace (1889) en el seno de una de las familias de la aristocracia mexicana finisecular. Su educación, como era propio en los últimos años del porfiriato, era enajenante. La juventud, nos dirá años más tarde Reyes, “perdía el sabor de las tradiciones y sin quererlo se iba descartando insensiblemente. La imitación europea parecía más elegante que la investigación

<sup>6</sup> *AROC*, t. 11, pp. 277.

<sup>7</sup> *Marginalia*, p. 157.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 154.

de las realidades más cercanas'<sup>9</sup>. Se proyectaba la imagen de un México "sin deudas con el ayer ni compromisos con el mañana. Se nos disimulaba el sentido de las experiencias del pasado"<sup>10</sup>. Todo respondía, incluso en el colegio, a un alejarse de lo "autóctono"<sup>11</sup>. El mismo Reyes asiste a la escuela secundaria, de 1900 a 1903, en el Liceo Francés de la ciudad de México. Se vivía en México pero sin conciencia de lo que era sentirse mexicano.

Llegó entonces la oportuna lectura de Rodó, señala Reyes, que

nos hizo comprender a algunos que hay una misión solidaria en los pueblos, y que nosotros dependíamos de todos los que dependían de nosotros. A él, en un despertar de conciencia, debemos algunos la noción exacta de la fraternidad americana<sup>12</sup>.

Esta conciencia de fraternidad iberoamericana motiva la rebelión de los miembros del Ateneo de la Juventud (Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, entre otros); hecho significativo en su momento, aunque desde nuestra perspectiva nos parezca todavía un tímido balbuceo de unos jóvenes que comenzaban a despertar a la realidad nacional. Los trabajos de Reyes para el Ateneo, "Los poemas rústicos de Manuel José Othón" y "El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX", muestran, en efecto, el interés por lo mexicano que luego caracterizará gran parte de su obra, pero la nota que singulariza estos años es la búsqueda de un sentido personal de la vida, un querer pertenecer. Con la vista en Europa, México no era todavía una realidad que contara. Por ello, aun estando de acuerdo con Reyes en que "no sería dable establecer etapas precisas en la evolución de formas y asuntos a lo largo de mi obra. Siempre mezclé el óleo y la acuarela, así como lo nacional y lo extranjero, según los mezcla la vida misma"<sup>13</sup>, sí que se puede rastrear durante sus años en España la lenta toma de conciencia de su realidad como hombre y de su posición en el mundo.

En 1911, en carta a Pedro Henríquez Ureña, fechada el 6 de mayo, escribe con pesimismo:

Quisiera salirme de México para siempre: aquí corro riesgo de hacer lo que no debe ser el objeto de mi vida. Como no tengo entu-

<sup>9</sup> *AROC*, t. 12, p. 193.

<sup>10</sup> *AROC*, t. 3, p. 134.

<sup>11</sup> *AROC*, t. 11, p. 161.

<sup>12</sup> *AROC*, t. 3, p. 134.

<sup>13</sup> *AROC*, t. 8, p. 7.

siasmos juveniles por las cosas épicas y políticas, ni la intervención *yankee*, ni los conflictos me seducen gran cosa. Preferiría escribir y leer en paz y con desahogo. Sin embargo, me temo que mi situación familiar me orille a pasar dificultades que yo no buscaré y a pagar culpas que no son mías<sup>14</sup>.

Sale, en efecto, de México, a raíz de la muerte de su padre, con una misión diplomática que lo lleva a París. Es ahora, desde fuera, cuando comienza a sentir a México; con rencor al principio, “odio aquel país miserable y sólo me acuerdo de él para temblar ante el quizá ineludible regreso”<sup>15</sup>, pero sin poder dejar de pensar en él: “Me da frío acordarme de México [. . .] ¿Qué será de México? Creo que todos están ya manchados, y que es irremediable que se curen matándose”<sup>16</sup>.

En París, como miembro de la delegación diplomática, está todavía muy cerca del conflicto interno mexicano, cuyo sentido profundo de transformación, por entonces, no comprende; pero en su fuero interno rechaza ya la violencia y el rencor que dominan en sus compatriotas. Como en México, también en París se siente solo entre los suyos: “Los mexicanos de París están divididos por la querrela política”, nos dice en carta fechada el 28 de septiembre de 1913, para añadir: “No se escapa uno ni a esta distancia de las miserias del rencor. Entre ellos tampoco me podré hallar a gusto”<sup>17</sup>. México está todavía muy próximo. Su situación personal es insegura y dependiente de los sucesos en su patria. El mismo ambiente francés se muestra cargado de la tensión que precedió a la guerra de 1914. Durante estos meses de su primera estancia en Francia, Reyes se encuentra aún arrollado por el torbellino de los sucesos. No ha tenido tiempo para pensarse, para penetrar en el sentido profundo de su cultura; cree todavía en la superficial impresión que dominaba a su generación y que en 1911, en carta a Henríquez Ureña, le haría afirmar que, en efecto, la juventud mexicana era “de cultura europea y no americana”<sup>18</sup>.

La caída de Huerta en México precipitó y al mismo tiempo decidió el destino de Reyes. Francia en guerra, se traslada a España, donde residirá los próximos diez años. Y allí se reconcilia

<sup>14</sup> ALFONSO REYES-PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Correspondencia*, p. 169.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 301.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 304.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 198.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 168.

con su realidad. Se sumerge en la vigorosa vida intelectual española del momento: el cruce entre los miembros de la Generación del 98 y la incipiente Generación de 1914 —sus contemporáneos— encabezada por José Ortega y Gasset. Por primera vez profundiza ahora más allá del ropaje de su cultura europea, de su formación en los clásicos españoles y descubre el sentido de su ser mexicano:

Advierto, desde que piso tierra de España, que se apodera de mi mente un esfuerzo de traducción [entre su sentir mexicano y la cultura española-europea]. ¡Y soy un discípulo de las disciplinas lingüísticas del siglo de oro! ¡Cuánto mayor no será el esfuerzo para cualquier hijo, plenamente dialectal, de mi pueblo! La pluma en la mano me obliga a un lenguaje en cierto modo internacional. Pero, en mi primera reacción verbal ante los fenómenos de la vida, yo siento que siento en una lengua levemente distinta de la peninsular<sup>19</sup>.

Allí es donde Reyes propiamente comienza también su exilio, que habrá de prolongarse por veinticinco años, apenas salpicados por algunos, muy pocos, viajes breves a México<sup>20</sup>. En España adquiere igualmente conciencia de su realidad como hombre, y encuentra un sentido para su vida. Bajo su “máscara afable” le duele el destierro y esconde una “herida oculta: la nostalgia”<sup>21</sup>. Sus contactos con los intelectuales mexicanos, lazos que le nutren, se convierten ahora en una necesidad vital que emerge constantemente en su correspondencia y con especial tono de sensibilidad herida en su carta abierta, “A vuelta de correo”, de 1932:

Ignoro si Pérez Martínez sabe, por su parte, lo que es andar años y más años lejos del propio país, haciendo esfuerzos acrobáticos como los que yo tengo que hacer para no perder una sola voz, una sola palabra de nuestra literatura; dirigiendo a veces circulares a los amigos [. . .]. Y es que ellos no saben, no sospechan siquiera lo que significa, para un hombre que cursa ya la cuesta de los cuarenta abajo, el no tener junto a sí y como entre las manos ese hecho naciente: el país en formación, hecho que atrae con imanes de anhelosa paternidad a todo varón digno de serlo. Es que ellos se figuran ver mera curiosidad donde hay sed urgente<sup>22</sup>.

<sup>19</sup> *AROC*, t. 2, p. 339.

<sup>20</sup> *AROC*, t. 8, p. 428.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 153.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 435.



He aquí una clave íntima para la interpretación de la obra de Reyes y del lugar que ocupa en el desarrollo del pensamiento mexicano: su obra escrita no es algo accesorio sino vital en él; es un modo de vivirse, de sentirse cumplir un destino, como mexicano y como hombre de letras. Ello nos explica también el significado profundo de sus momentos de amargura cuando cree encontrarse sin misión: "Aquí los amigos [nos dice a su regreso a México en 1939] ya se habituaron a no contar conmigo para nada, sino como mito o alusión literaria: ¡el mucho vivir fuera! No encuentro lugar . . . lo que yo hago ya no tiene interlocutor"<sup>23</sup>. De aquí se desprende también el renovado vigor con que inicia nuevos proyectos: en esta ocasión la estructura y misión de El Colegio de México.

Los años de España fueron un periodo de formación, de intensa vida intelectual, y al mismo tiempo cargados de tensión personal por el devenir mexicano y por las responsabilidades que parecía reclamar la tradición familiar. Pero fueron también años de triunfo, de toma de posición, de definición personal. Alfonso Reyes recogerá este drama interno en una pieza teatral, *Ifigenia cruel*, que es una sublimación poética —quizá su obra de creación más perfecta— terminada en 1923, y que constituye un precioso trazo autobiográfico. Con un ropaje clásico-griego, que apenas oculta una circunstancia mexicana, desarrolla Reyes un drama personal. "¿Qué final dar al episodio?" nos dice en su "Comentario", para añadir: "No lo sabíamos aún hace unos cuantos años. Un súbito vuelco de la vida vino a descubrirme la verdadera misión redentora de la nueva Ifigenia, haciendo que su simbolismo creciera solo, como una flor que me hubiera brotado adentro"<sup>24</sup>. Esta Ifigenia mexicana no regresará con Orestes a su tierra; dueña de su memoria (de su pasado, es decir, de sí misma), reclama su libertad para ser dueña también de su destino. La *Ifigenia*, señala Reyes,

encubre una experiencia propia. Usando del escaso don que nos fue concedido, en el compás de nuestras fuerzas, intentamos emanciparnos de la angustia que tal experiencia nos dejó, proyectándola sobre el cielo artístico, descargándola en un coloquio de sombras<sup>25</sup>.

<sup>23</sup> *Epistolario Alfonso Reyes/José María Chacón*, p. 163.

<sup>24</sup> *AROC*, t. 10, p. 359.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 354.

Y en este grito de independenciam, nos dice, "he querido confiar la redención de la raza. Es más digna ella [Ifigenia] que aquel [Orestes] colérico armado de cuchillo"<sup>26</sup>. Reyes decide por la inteligencia en la universalidad, en lugar de la violencia, respuesta irracional de la cólera:

Amigas, huyo: ¡esto es el recuerdo!  
Huyo, porque me siento  
cogida por cien crímenes al suelo.  
Huyo de mi recuerdo y de mi historia,  
como yegua que intenta salirse de su sombra<sup>27</sup>.

La huida no lo es de su destino, sino hacia él —salirse de la sombra que le han forjado para hacerse él su propia sombra—; no huye de una realidad, sino que al reconocerse, siente también la necesidad de ser auténtico a sí mismo; tampoco huye de México, sino del México que le imponen, en busca de un México más auténtico, huye, en fin, de la visión que se detiene en los árboles del colorido, y olvida el bosque profundo de la realidad mexicana.

Su integridad le reclama un modo de obrar, pero es magnánimo y ve el complemento en la diferencia. "Somos diferentes, y eso más bien nos ha acercado"<sup>28</sup>, dice a Vasconcelos en 1924, para reconocer luego sus posturas divergentes ante México, al mismo tiempo que se nos va definiendo:

Tú, amigo, edificador de escuelas y gimnasios, constructor de talleres, Caballero del Alfabeto, nos has dado también el ejemplo de la bravura, virtud fundamental en los hombres. Otros hubiéramos predicado las excelencias del estudio con la rama de laurel o la simbólica oliva en la mano. Tú te has armado como de una espada, y te has echado a la calle a gritar vivas a la cultura. Acaso era eso lo que hacía falta. Acaso era nuestro remedio extremo<sup>29</sup>.

Años más tarde, en 1930, enunciará de forma concisa el principio fundamental que explica su quehacer en cuanto hombre: "Cada uno mira el mundo desde su ventana. La mía es la literatura"<sup>30</sup>. Y para Reyes la literatura es la "expresión íntegra del alma de un pueblo"<sup>31</sup>.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 357.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 341.

<sup>28</sup> *AROC*, t. 4, p. 441.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 442.

<sup>30</sup> *AROC*, t. 9, p. 29.

<sup>31</sup> *AROC*, t. 8, p. 106.

Tales son las circunstancias de las que surge la obra de Reyes. Y ésta no es, como ya vimos, algo accesorio sino vital en él; es su modo de hacerse, su modo de ser hombre y mexicano, y es el latido siempre presente en sus páginas y el que las redime. Es por ello por lo que el mexicanismo de Reyes se hace tanto más significativo —el complemento en la diferencia— cuanto que proviene de un proceso que fue matizado por veinticuatro años de ambiente enajenante en México y veinticinco años de exilio.

#### *LA X EN LA FRENTE*

En 1952 comienza Leopoldo Zea la serie “México y lo mexicano”, destinada a un análisis introspectivo de lo nacional, y solicita de Alfonso Reyes que la inicie con un libro suyo. Así surge el título *La X en la frente* que reúne ensayos publicados anteriormente. ¿Por qué Alfonso Reyes? y ¿por qué precisamente con este título? Leopoldo Zea había empezado en la década de los cuarenta una recuperación metódica del pasado mexicano donde se superaba el tradicional afán de justificación histórica. No se pretendía reescribir la historia, sólo conocerla para asumirla. Alfonso Reyes simbolizaba este sentido profundo de lo mexicano, despojado de todo ropaje folclórico. Reyes no era simplemente mexicano por haber nacido en México, lo era porque se sentía mexicano, porque en un periodo de crisis personal se dio cuenta —quizás en un principio a pesar suyo— de que en lo recóndito de su ser, en aquello que daba sentido a su persona se encontraba la realidad de que era mexicano, de que pertenecía a una morada concreta desde la cual se asomaba al mundo, desde la cual se sentía vivir y desde la cual aportaba una interpretación mexicana del mundo:

El fondo inerradicable, inconsciente e involuntario, está en mi ser mexicano: es un hecho y no una virtud. No sólo ha sido causa de alegrías, sino también de sangrientas lágrimas. No necesito invocarlo en cada página para halago de necios, ni me place descontar con el fraude patriótico el pago de mi modesta obra. Sin esfuerzo mío o sin mérito propio, ello se revela en todos mis libros y empapa como humedad vegetativa todos mis pensamientos<sup>32</sup>.

El símbolo de la “x”, aunque de fermentación muy temprana, surge como divisa que ha de guiar la obra de Reyes en la dé-

<sup>32</sup> *La X en la frente*, p. 89.

cada de los veinte. El término y su contenido adquieren unidad en conversaciones con Valle-Inclán; además, desde la perspectiva de su residencia en España se convertía en un símbolo de desafío. En 1921, en "Apuntes sobre Valle-Inclán", nos recuerda Reyes las palabras de éste: "¡Y decidí irme a México, porque México se escribe con *x*!"<sup>33</sup>. Lo que le hace añadir a Reyes: "¿De suerte, querido maestro Unamuno, que esa *x* de México, en que usted veía hace algunos años el signo de la pedantería americana, tuvo la virtud de atraer a Valle-Inclán y hacerlo poeta?"<sup>34</sup>. De este mismo ensayo son las palabras que significativamente encabezarán luego su libro *La X en la frente*: "¡Oh, *x* mía, minúscula en ti misma, pero inmensa en las direcciones cardinales que apuntas: tú fuiste un crucero del destino!"<sup>35</sup>.

Cuando años más tarde, en 1932, el signo externo de la *x* irrumpe en el campo de la política y se carga con tintes demagógicos el hecho de si la palabra "México" debe escribirse con *x* o con *j*, Alfonso Reyes sencillamente apunta a un contenido, que en él posee un significado profundo:

Yo no tengo ninguna razón científica contra el uso de la *j* que, por lo demás, me parece, filológicamente hablando, el más revolucionario, el menos conservador de los dos. Y, con todo, le tengo apego a mi *x* como a una reliquia histórica, como a un discreto santo-y-seña en que reconozco a los míos, a los de mi tierra<sup>36</sup>.

La *x* se convierte así para Reyes en punto de origen, guía en el camino e *idearium*, utópico quizás, de un futuro de reconciliación universal que acompaña a cada página de su obra escrita y que resume, en lo que podría ser considerado un compendio de su actuación, en el poema "Figura de México", de 1949. Aquí la *x* se funde con la geografía, bien en su dimensión continental ante la comunidad iberoamericana:

Con el sajón arriba, con el latino abajo,  
hace centinela, aunque no sin trabajo.  
¡Y ojalá que concilie desigualdad tamaña  
que todo lo confunde y todo lo enmaraña!<sup>37</sup>

<sup>33</sup> AROC, t. 4, p. 279.

<sup>34</sup> *Loc. cit.*

<sup>35</sup> *Loc. cit.*

<sup>36</sup> AROC, t. 8, p. 262.

<sup>37</sup> AROC, t. 10, p. 474.

bien como estandarte de un destino universal:

De Oriente y de Occidente solicitado al par,  
 tiende su masa oblicua por los contrarios puntos  
 y alarga sendos brazos para enlazarlos juntos.  
 ¡Puedan Europa y Asia ceder al mismo imán  
 por Baja California o bien por Yucatán!<sup>38</sup>

Pero siempre dentro de esa incógnita que ansía poseer y que se le escurre:

Tal es el jeroglifo que esconde la figura,  
 que confirma la historia, que ostenta la escritura  
 en esa persistente *equis* de los destinos,  
 estrella de los rumbos, cruce de los caminos.  
 Si tiene algún sentido la cara del planeta,  
 el sabio lo interroga y suéñelo el poeta<sup>39</sup>.

#### PARA UNA INDEPENDENCIA CULTURAL

México es, pues, la realidad que matizará, de un modo consciente, el pensamiento de Reyes, a la vez que se erige en forma de ver e interpretar el mundo. Si la ventana por la que se asoma es, según su propia afirmación, la literatura, el edificio que la sostiene es México. Pero, ¿en qué consiste esa realidad cuyo "santo-y-seña" es la *x*? Reyes, al igual que los demás miembros destacados de su generación (Caso, Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, entre otros), iniciará su propia búsqueda en pos de una respuesta. Y consigue, en efecto, precisar un concepto de lo mexicano que poco a poco adquiere corporeidad en su obra.

La Revolución aporta además una sensación de apremio a la necesidad de definición nacional. Un entusiasmo febril invade la década de los veinte. Reyes, desde fuera, participa en este movimiento: "... pertenezco a un pueblo entregado con singular y visible esfuerzo a la renovación de sus módulos de vida y a la busca de su sentido autóctono o, por lo menos, autonómico"<sup>40</sup>, nos dice en 1930. Y éstas no son las palabras tardías de quien se une a un movimiento que entonces impregnaba ya todas las manifesta-

<sup>38</sup> *Loc. cit.*

<sup>39</sup> *Loc. cit.*

<sup>40</sup> *AROC*, t. 9, p. 41.

ciones culturales mexicanas. Respondía a un sentir presente desde siempre en la obra de Reyes. Ya en 1922 nos había dicho: “Yo sueño en emprender una serie de ensayos que habrían de desarrollarse bajo esta divisa: «En busca del alma nacional»”<sup>41</sup>. El autoconocimiento le parecía esencial: “Un pueblo se salva cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo: cuando logra electrizarse hacia un polo”<sup>42</sup>. De ahí lo vigoroso de estas páginas en su obra, de ahí también su exhortación a la juventud mexicana: “¡En busca del alma nacional! Ésta sería mi constante prédica a la juventud de mi país. Esta inquietud desinteresada es lo único que puede aprovecharnos y darnos consejos de conducta política”<sup>43</sup>. En 1930 se preguntaba, preocupado por lo que tenía de sintomático, ante la ignorancia sobre lo que se escribía y pensaba en México: “¿Dónde se estudia, en México, la historia de la cultura mexicana?”<sup>44</sup> Como tal situación persistía todavía en 1939, a su regreso a México, Reyes transmitió de modo explícito este sentido de misión a los estudios que se cursarían en El Colegio de México.

Mexicano, pero de perspectiva universal, Reyes descubre la dimensión continental que debería adquirir el experimento mexicano. Los éxitos incipientes en las artes plásticas, en la literatura, en la música, le proporcionan apoyo para su mensaje de autenticidad a los pueblos iberoamericanos. En 1928, en un discurso “Ante el comité Uruguay-México”, da énfasis al hecho de que

mientras cedíamos ciegamente a la imitación de los modos europeos, nuestras incipiencias seguían líneas paralelas que no podían nunca encontrarse. Sólo cuando una general sacudida nos hizo cobrar conciencia de nosotros mismos, empezamos, los pueblos afines, a considerarnos con interés de uno a otro extremo de la raza. Sólo entonces pudimos, con la junta de los sumandos, apreciar lo que podrá pesar en el mundo el total que representamos<sup>45</sup>.

Naturalmente, desde su perspectiva literaria —no olvidemos esta realidad constante en la obra de Reyes—, encarga esta misión a los intelectuales: “¡Hace tanto que sueño con una cruzada de los escritores de América para recobrar los tesoros de nuestra

<sup>41</sup> *AROC*, t. 4, p. 421.

<sup>42</sup> *Loc. cit.*

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 422.

<sup>44</sup> *AROC*, t. 11, p. 160.

<sup>45</sup> *AROC*, t. 8, p. 147.

literatura popular!”<sup>46</sup>, para añadir a continuación la necesidad de conocer lo propio como primer paso para la autenticidad, de

acercarse a la materia prima de la imaginación americana, y después interrogarla y trabajar sobre ella, plegándose a sus necesidades y sacando, de sus mismas limitaciones, consejos de resignación y estímulos de audacia [. . .]. Teníamos olvidado el humilde hogar, por admirar las grandiosidades del palacio de enfrente. ¡Y eso que hay mina de oro en casa!<sup>47</sup>

Aunque combate todo intento de aislacionismo cultural, Reyes cree, no obstante, que México, Iberoamérica, necesita replegarse al ámbito de lo propio y presenta como modelo el proceso mexicano: “Vamos aprendiendo a insistir en todo aquello que sirve al desenvolvimiento de nuestro carácter histórico, desembarazándonos de paso de lo pegadizo y lo ajeno”<sup>48</sup>. Su lema es “volver a lo propio, a lo castizo”<sup>49</sup>, y así prevenirnos contra la imitación de formas extrañas que sólo han sido capaces de proporcionar para Iberoamérica pálidas copias, simulacros de realidad que impiden el progreso. Arremete contra términos que engloban conceptos de origen extraño —independencia, liberales, democracia, izquierdas, derechas— que distraen y, por ello mismo, paralizan el proceso social, político, cultural. En “Conciencia social y deber social”, de 1940, insiste en que

América no ha creado su lenguaje político, sino que adopta el europeo. Esto trasciende mucho más allá del lenguaje. Ello ha tenido consecuencias en las soluciones europeizantes que hemos procurado para nuestros negocios. Mientras no aparezca en América el genio que descubra las fórmulas de nuestro lenguaje político, semejante mal será inevitable; y las realidades americanas, torcidas en la traducción<sup>50</sup>.

Lo que Reyes expresa es que Iberoamérica necesita más artistas —énfasis en la creación que libera— y menos artesanos, es decir, evitar obcecarse en una repetición que subyuga.

Pero esta posición de Reyes no significa, de ningún modo, que

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>47</sup> *Loc. cit.*

<sup>48</sup> *AROC*, t. 8, p. 147.

<sup>49</sup> *AROC*, t. 11, p. 159.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 118.

ante la polémica interna entre los indigenistas y los universalistas él tomara partido por los indigenistas. El no residir en México le permitía apartarse del fragor polémico y le proporcionaba espacio para colocar ambos campos en perspectiva, en una reflexión más profunda que denotaba al mismo tiempo madurez en su concepto de México e independencia en sus meditaciones. Había que regresar a lo propio, ése fue el fruto de la Revolución; pero teniendo en cuenta que para ello “las únicas leyes deben ser la seriedad del trabajo, y la sinceridad frente a sí mismo”<sup>51</sup>. El carácter mexicano de la obra se dará por añadidura. Será la nota que caracterice a las “tres cuartas partes” que aportan las circunstancias y que fundamentará la otra “cuarta parte” de la aportación creadora del individuo. Por ello, aun reconociendo el valor inicial de la introspección, se opondrá a quienes extreman la búsqueda de lo nacional en peculiaridades reductivas que se niegan a asumir el pasado mediante una previa recuperación de su totalidad, y que promueven en su intento el retorno a un pasado utópico, y un aislamiento imposible. La realidad nacional, nos previene, es mucho más compleja; el mismo concepto de mestizaje cultural nos habla de síntesis, de interdependencia:

Se diría que aquel bloqueo político a que quedamos sometidos hace unos años, como consecuencia conjunta de la revolución en casa y la guerra en la del vecino, aun cuando tuvo el efecto saludable de obligarnos a escrutar en el propio ser, a sacar recursos de nuestro seno y a enamorarnos de nuestras riquísimas realidades, está, sin embargo, arrastrando una cola de resultados que, como son inútiles, son funestos: se convierte ahora en una fiebre, en un prurito de declararnos a nosotros mismos en estado de bloqueo espiritual<sup>52</sup>.

Reyes reclama la libertad absoluta del artista: “Yo no puedo tomar más partido que el de la calidad”<sup>53</sup>. Pero esa “sinceridad ante sí mismo”, de que hablamos antes, llevará al intelectual a “investigar el alma nacional y [a] empezar, como el buen juez, por la propia casa”<sup>54</sup>. Por ello nos dirá en 1932: “Y en cuanto a mis esperanzas para mañana [. . .] quiero ponerlas en los que procuran una expresión nacional bajo forma elevada y noble, fácilmente

<sup>51</sup> *AROC*, t. 8, p. 446.

<sup>52</sup> *Ibid.*, pp. 438-439.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 264.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 265.



comunicable a todos los pueblos. De ellos han de salir nuestros clásicos definitivos”<sup>55</sup>.

El peligro que según Reyes acechaba en la década de los treinta al desarrollo mexicano era también uno de los efectos del éxito de la intensa transformación que tuvo lugar en la década revolucionaria. El pueblo mexicano había descubierto frente a sí, en palabras de Reyes, “el espectáculo del ser mexicano, de la tradición nacional”<sup>56</sup>. Y aquello que antes era despreciado se convierte ahora en un arma para demagogos que sacrifican la dirección profunda de una transformación dinámica, por la superficialidad del colorido folclórico que ellos elevan a esencia estática. Reyes acepta el valor de lo folclórico en la concientización del pueblo, pero con persistencia nos recuerda, como lo hace en “A vuelta de correo” de 1932, que

tampoco hay que figurarse que sólo es mexicano lo folklórico, lo costumbrista o lo pintoresco. Todo esto es muy agradable y tiene derecho a vivir, pero ni es todo lo mexicano, ni es siquiera lo esencialmente mexicano. La realidad de lo nacional reside en una intimidad psicológica, involuntaria e indefinible por lo pronto [...]. Es algo que estamos fabricando entre todos<sup>57</sup>.

Tal es la concepción dinámica que domina el pensamiento maduro de Reyes, a partir de la década de los veinte, pero al que responden también escritos mucho más tempranos. Así en *Visión de Anáhuac*, de 1915. En esta obra encontramos, además, de manera incipiente, una interpretación de México, que en lo esencial se mantuvo constante en toda su obra, aun cuando su formulación sistemática se inicie a finales de la década de los veinte y consiga su expresión más madura después de la integración definitiva de Reyes al escenario mexicano en la década de los cuarenta. Me refiero al hecho de considerar que un elemento esencial de lo mexicano es su carácter de mestizaje cultural.

#### LA SÍNTESIS CREADORA DEL MESTIZAJE

El mismo proceso de interiorización con que se conduce Reyes en la formulación de su posición personal en la vida y que hemos

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 445.

<sup>56</sup> *AROC*, t. 11, p. 195.

<sup>57</sup> *AROC*, t. 8, pp. 441-442.

tratado de seguir en este esquemático desarrollo nos lleva ahora al entendimiento de su pensamiento, a la clave mediante la cual se puede explicar el conjunto de su obra, y ante la cual se disuelven las aparentes contradicciones que una crítica superficial encontraba en sus escritos. En un análisis de lo mexicano Reyes descubre su carácter de mestizaje cultural, y esta realidad fundamental le servirá de base tanto en su recuperación del pasado como en la formulación, desde su perspectiva abierta a las corrientes universales, de un proyecto de acción. Reyes reconoce que al estudiar a México hay que tener en cuenta que sobre “el estrato indígena, caerá más tarde el baño de otra civilización, acarreada por los conquistadores hispanos”<sup>58</sup>. Por ello nos habla del “injerto de la cultura española en cepa mexicana”<sup>59</sup>. Pues, se pregunta, “¿qué sentido puede tener la historia de México si ignoramos sus relaciones con la civilización en que va injerta?”<sup>60</sup>. Según recupera el pasado nacional, Reyes descubre igualmente que el proceso de mestizaje se inicia ya con el primer encuentro y motiva “que los primeros vecinos de la Nueva España —fenómeno que tiene su equivalente en las demás colonias— se sientan distintos del funcionario metropolitano recién llegado, y asilen en su ánimo los gérmenes de la independencia futura”<sup>61</sup>. La transformación es tan rápida, nos dice Reyes, que “cincuenta años después de la conquista española, es decir a primera generación, encontramos ya en México un modo de ser americano”<sup>62</sup>.

Aceptar el mestizaje supone asumir un pasado de elementos que se complementan, es un dejar de ser —azteca o español— en el proceso de formación de una nueva identidad. Asumir significa aceptar un pasado en su totalidad. De ahí que Reyes nos diga que “hay que comenzar —otra vez— por la emancipación de América, para mejor realizar a América”<sup>63</sup>. Hasta entonces la historia de México había sido una historia de rechazos —de las culturas precortesianas, de la cultura hispánica— que falseaba la realidad nacional. La Revolución comenzó la recuperación del pasado indio y ahora, cree Reyes, es también necesario “reconciliar a las Américas con su antigua Metrópoli”<sup>64</sup>. Ello será

<sup>58</sup> *Ibid.*, pp. 107-108.

<sup>59</sup> *AROC*, t. 12, p. 299.

<sup>60</sup> *AROC*, t. 11, p. 276.

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 83.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 232.

<sup>64</sup> *Loc. cit.*

nuestro signo de madurez, pues, añade Reyes, “mientras sufríamos la tentación de maldecir a la vieja metrópoli europea, confesábamos que aún no éramos realmente independientes, realmente adultos, puesto que aún conservábamos la sensibilidad exarcebada de un arrancamiento, de una derivación”<sup>65</sup>.

Por otra parte, recuperar el pasado y asumirlo es algo más que aceptar un colorido superficial —indígena o español—; no consiste únicamente en elevar monumentos al héroe indio mítico ni tampoco en hacer uso de él para fines políticos mientras se perpetúa su subyugación. El indio es parte integrante de la nueva realidad y como tal ha de ser aceptado. Desde esta posición Reyes exhorta a sus contemporáneos en 1922, cuando apenas empezaba la reconstrucción del México que emerge de la Revolución, recordando que la acción sólo tendrá éxito si se basa en unas ideas previamente aceptadas:

No hemos encontrado todavía la cifra, la unidad de nuestra alma. Nos conformamos con sabernos hijos del conflicto entre dos razas. Como la mujer bíblica, podemos decirle a la patria: “Dos naciones hay en tu seno”. Se habla de la redención política del indio mucho más que de su redención espiritual; quiero decir: mucho más que de su incorporación, explicada y aceptada, como elemento formativo de nuestra alma actual<sup>66</sup>.

Esta nueva actitud ante lo nacional abre una perspectiva original de aproximación a la época colonial que se recupera ahora para México. Desde el punto de vista político, es decir español, se trataba de la conquista y administración de una colonia. Desde una perspectiva mexicana se convierte en una época de fermentación, en un periodo de formación, semejante a lo que sucedió, según expuso años después Américo Castro, en la España medieval. Reyes señala igualmente que “durante la Colonia, México adquiere lentamente su fisonomía histórica”<sup>67</sup>. Es decir,

durante tres siglos las razas se mezclan como pueden, y la Colonia se gobierna y mantiene por un milagro de respeto a la idea monárquica y por sumisión religiosa a las categorías del Estado [. . .]. Entretanto, sordamente —los indios abajo, los españoles arriba y en

<sup>65</sup> *AROC*, t. 8, p. 147.

<sup>66</sup> *AROC*, t. 4, p. 422.

<sup>67</sup> *AROC*, t. 8, p. 108.

medio los criollos señoriales y soberbios y los mestizos astutos y sutiles—, se engendra el nuevo ser de una patria<sup>68</sup>.

Este concepto de mestizaje que defiende Reyes en la década de los treinta es el mismo que fundamenta el método asuntivo de la actual filosofía de la liberación. Reyes expresa con nitidez su alcance en una carta abierta, “Sobre México en América”, de 1930, con motivo del libro *Littérature Hispano-américaine*, de Max Daireaux:

Usted afirma —señala Reyes— que México se aísla para concentrar en su original pureza “las tradiciones aztecas y las tradiciones españolas”. ¿Usted cree en las tradiciones aztecas? [...] ¿Usted cree que las tradiciones españolas se conservan allá en toda su pureza? ¿Y los tres siglos de inmensa elaboración y amalgama que han determinado el ser mexicano? ¿Usted cree en el aztequismo puro de Vasconcelos? [...] ¿Usted cree [...] en mi españolismo puro? [...] Pero si aquel aztequismo y este españolismo fueran lo que usted dice ¿cómo es que Vasconcelos y yo somos —según justiciera definición de usted— mexicanos “propia y únicamente mexicanos”<sup>69</sup>.

Ningún regreso es posible en el devenir histórico de un pueblo y Reyes satirizará tanto a los que proponen una vuelta a formas precortesianas como a los que pretenden comportarse como si México fuera simplemente un trasplante europeo en América. Reyes ve en México el resultado de una síntesis, no en el sentido de una coexistencia, sino en el fruto creador del que surge un nuevo pueblo: “En la síntesis no vemos un compendio o resumen, una mera suma aritmética, como no lo es la del hidrógeno y el oxígeno al juntarse en el agua, sino una organización cualitativamente nueva, y dotada, como toda síntesis, de virtud trascendente”<sup>70</sup>. Colocados en este punto de vista, el mestizaje se convierte en una cualidad que proyecta el experimento mexicano hacia un futuro universal que Reyes prevé como camino necesario para la humanidad: “somos una raza de síntesis humana. Somos el verdadero saldo histórico. Todo lo que el mundo haga mañana tendrá que contar con nuestro saldo”<sup>71</sup>.

El hecho de aceptar la esencialidad mestiza de lo mexicano,

<sup>68</sup> AROC, t. 9, p. 44.

<sup>69</sup> AROC, t. 8, pp. 61-62.

<sup>70</sup> AROC, t. 11, p. 265.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 134.

su carácter de síntesis, en palabras de Reyes, creaba también una base de perspectiva que hacía posible la recuperación del pasado desde la propia realidad, es decir, desde un punto de vista mexicano. Pero con ello se abría, sobre todo en sus comienzos, entre los miembros de la generación de Reyes, una bifurcación en el proceso. El camino a seguir en cada caso estuvo ante todo marcado por circunstancias personales: mientras Vasconcelos, por ejemplo, escribe *La raza cósmica e Indología*, Reyes nos entrega *Última Tule*. El punto de partida en ambos, el mestizaje creador, es el mismo, y su objetivo, reflexionar, recuperar la esencialidad de las culturas base en su relación con la realidad mestiza, es también idéntico. La bifurcación ocurre en el momento de enfocar sus investigaciones: Vasconcelos dirige su atención, en las obras citadas, al elemento precortesiano y Reyes al hispánico-europeo. Ambos sobrevaloran el objeto de su estudio.

Reyes, por su educación durante el porfiriato y después por su prolongada ausencia de México, mantiene una percepción arqueológica de la cultura precortesiana que disminuye su valor actual. Además, no olvidemos el propósito de Reyes de ver el mundo a través de la literatura y la dificultad que en este sentido representaban las antiguas culturas mexicanas; las cuales, por otra parte, nunca fueron objeto directo de su estudio. Conoció, naturalmente, las investigaciones que a partir de la década de los veinte se hicieron sobre lo indígena, pero su percepción se había ya formado con anterioridad. En un pasaje de *Visión de Anáhuac*, de 1915, nos dice:

Hay que lamentar como irremediable la pérdida de la poesía indígena mexicana. Podrá la erudición descubrir aislados ejemplares de ella [...] pero nada de eso, por muy importante que sea, compensará nunca la pérdida de la poesía indígena como fenómeno general y social<sup>72</sup>.

Y de modo más directo nos dirá en "Discurso por Virgilio", de 1930: "No tenemos una representación moral del mundo precortesiano, sino sólo una visión fragmentaria, sin más valor que el que inspiran la curiosidad, la arqueología: un pasado absoluto"<sup>73</sup>.

Adelantándose a su época, Reyes defendió el método asunti-

<sup>72</sup> AROC, t. 2, p. 29.

<sup>73</sup> AROC, t. 11, p. 161.

vo como único capaz de superar la mentalidad colonial que durante el siglo XIX fue arraigando en los pueblos iberoamericanos. Pero al mismo tiempo, sumergido él mismo en su ambiente contemporáneo y educado en dicha mentalidad colonial, el proceso de superación fue lento; tanto más cuanto su prolongada estancia en Europa, todavía en sus años formativos, parecía reforzar los lazos coloniales. De ahí que en 1917, cuando la Revolución comenzaba a definirse como un grito de independencia cultural, Reyes, desde España y por lo tanto alejado de la repercusión inmediata de la transformación que se estaba operando en México, aconseja a la intelectualidad mexicana que

tiene que volver los ojos a Europa. Volverlos a la antigua Metrópoli es obvio, pero teniendo en cuenta que ésta reacciona ahora, tratando de rectificar todo su pasado. México la ha precedido en esta tarea dolorosa de rectificación. Y de todos los demás países europeos, sólo Francia puede servirnos como fuerza espiritual orientadora<sup>74</sup>.

Aunque esta frontera, entre el conocimiento del elemento europeo en la cultura iberoamericana para asumirlo y el considerarlo una "fuerza espiritual orientadora", no llega a definirse nítidamente en la obra de Reyes, sí que muestra una marcada evolución. En 1942, en su ensayo "Posición de América", verá en ello una de las causas que alimentan el complejo de marginación:

El ciudadano de las grandes naciones creadoras de cultura casi no tiene necesidad de salir de sus fronteras lingüísticas para completar su imagen del mundo. El ciudadano de la antigua colonia tiene que ir a la vida internacional para completar tal imagen y, además, está acostumbrado a buscar en el exterior las fuentes del saber. Así se explica el sabor de extranjerismo en ciertas etapas de nuestra adolescencia cultural<sup>75</sup>.

En su obra madura Reyes incita al mexicano, al iberoamericano, a que forme también "su imagen del mundo", pero superando el exclusivismo europeo en un intento de universalización.

En cualquier caso, como ya indicamos, Reyes va a aproximarse e interpretar el mestizaje cultural desde su elemento hispánico, desde la vertiente europea. Parte, por supuesto, del mismo mes-

<sup>74</sup> AROC, t. 7, pp. 447-478.

<sup>75</sup> AROC, t. 11, p. 264.

tizaje, pero ve en lo hispánico la corriente subterránea que le provee de dinamismo. Lo autóctono, nos dice,

puede entenderse en dos sentidos. A veces, es aquella fuerza instintiva, tan evidente que defenderla con sofismas es perjudicarla, y querer apoyarla en planes premeditados es privarla de su mejor virtud: la espontaneidad. [. . .] Lo autóctono, en otro sentido más concreto y más conscientemente aprehensible es, en nuestra América, un enorme yacimiento de materia prima, de objetos, formas, colores y sonidos, que necesitan ser incorporados y disueltos en el fluido de una cultura, a la que comuniquen su condimento de abigarrada y gustosa especiería<sup>76</sup>.

Y nos añade a continuación: “Hasta hoy las únicas aguas que nos han bañado son —derivadas y matizadas de español hasta donde quiera la historia— las aguas latinas”<sup>77</sup>. Es decir, se centra en la realidad del mestizaje, pero de los dos elementos primarios que lo fueron originando ve a lo precortesiano como algo estático; es algo fuertemente presente, algo esencial, pero la corriente dinámica del resultado es lo hispánico. Por ello afirmaba ya en 1921 que “América no descubrirá plenamente el sentido de su vida en tanto que no rehaga, pieza a pieza, su «conciencia española»”<sup>78</sup>.

#### LA REVOLUCIÓN Y EL PAPEL DE LAS MINORÍAS

Alfonso Reyes pertenece a una generación de grandes individualidades, a una minoría intelectual con conciencia de misión. Le tocó además vivir en un periodo de brusca transformación social en el cual, en América al igual que en Europa, la aristocracia de intelectuales se creyó amenazada por lo que ellos percibían como una rebelión de las masas. La experiencia mexicana de Reyes —el Ateneo de la Juventud—, así como su asociación en España con el grupo que encabezaba Ortega y Gasset en torno a la *Revista de Occidente*, sirvió para acentuar su creencia en la misión de guía y de liderazgo de la inteligencia. Comprendió, naturalmente, la situación conflictiva que representaban los sucesos iberoamericanos, especialmente los mexicanos, pero creía también que una vez

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 161.

<sup>77</sup> *Loc. cit.*

<sup>78</sup> *AROC*, t. 4, p. 572.

en calma el torbellino revolucionario la misión de la inteligencia era insustituible.

El análisis de Reyes de lo que significó el proceso revolucionario en México coincide, es verdad, con el testimonio de Martín Luis Guzmán en *La querrela de México*, de 1915, y con la exposición de Manuel Gómez Morín en su libro, significativamente titulado *1915*, de 1927. Y Reyes, al igual que ellos, reconoce que

entonces hubo que sacarlo todo de la propia sustancia, y entonces el país se dio cuenta de sus grandes posibilidades genuinas. Fue como descubrir otra vez el patrimonio ya olvidado; como desenterrar el oro escondido de los aztecas, ¡aquella sugestiva fábula! ¿De suerte que todo esto teníamos en casa, y no lo sabíamos?<sup>79</sup>

Si ahora aplicáramos a este proceso revolucionario la imagen alfonsina de que “nuestro drama tiene un escenario, un coro y un personaje”<sup>80</sup>, habría que aceptar que el personaje fue el pueblo y que la inteligencia apenas tuvo la función pasiva de un coro tímido. El mismo Reyes conviene en que

es cierto que la Revolución Mexicana brotó de un impulso mucho más que de una idea. No fue planeada. No es la aplicación de un cuadro de principios, sino un crecimiento natural. [...] Se fue esclareciendo sola conforme andaba; y conforme andaba, iba descubriendo sus razones cada vez más profundas y extensas y definiendo sus metas cada vez más precisas [...] imperaba en ella la circunstancia y no se columbraban los fines últimos<sup>81</sup>.

Y el ejemplo de México no era aislado en el ámbito iberoamericano. Lo que sucede es que Reyes admite la participación directiva del pueblo cuando estudia situaciones concretas. Así, en el caso que analizamos de la Revolución Mexicana, reconoce que “la inteligencia la acompaña, no la produce; a veces tan sólo la padece”<sup>82</sup>. Sin embargo, cuando Reyes se expresa en términos más abstractos, cuando se refiere a las ideas, el pueblo parece eclipsarse como elemento motor, mientras se erige a la inteligencia como única fuerza directriz. Es entonces cuando afirmará que en el escenario americano “el actor o personaje”, o sea el creador de las

<sup>79</sup> *AROC*, t. 9, p. 56.

<sup>80</sup> *AROC*, t. 11, p. 82.

<sup>81</sup> *AROC*, t. 12, p. 185.

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 186.



transformaciones, “viene aquí a ser la inteligencia”<sup>83</sup>.

Este divorcio entre el pueblo y el intelectual, presente a lo largo de la obra de Reyes, es una marca que caracteriza a los miembros de su generación y que sólo se irá superando a partir de la década de los sesenta cuando el intelectual iberoamericano toma conciencia de su íntima relación con el pueblo; se seguirá considerando minoría, pero una minoría cuyo origen es el pueblo mismo. Durante la primera mitad del siglo xx, sin embargo, y precisamente por no haberse definido todavía los iberoamericanos, Reyes cree encontrar en los intelectuales un sentido, una comunión de objetivos de los que carecen todavía los pueblos. Por ello, aunque no podemos propiamente hablar de una civilización o de una cultura iberoamericana, nos dice Reyes en 1936, podemos, en cambio, hacerlo de “la inteligencia americana, su visión de la vida y su acción en la vida. Esto nos permitirá definir, aunque sea provisionalmente, el matiz de América”<sup>84</sup>. En perspectiva al resto del mundo Reyes quiso adelantarse a su tiempo. Quiso crear otra América, distinta esta vez de la europea, pero que tampoco coincidía con la América real. Reyes parte del principio de que “sin una sociedad de los espíritus no hay sociedad de las naciones”<sup>85</sup>, pero ya desde escritos muy tempranos —“Rodó”, de 1917— afirmaba que “la fraternidad americana no debe ser más que una realidad espiritual, entendida e impulsada de pocos, y comunicada de ahí a las gentes como una descarga de viento; como una *alma*”<sup>86</sup>.

Como diplomático en el mundo hispánico —España, Brasil, Uruguay, Argentina— y delegado iberoamericano en organismos internacionales, Reyes conocía bien los problemas internos —económicos, sociales, políticos— de los países iberoamericanos y el militarismo absurdo que los afligía. Conocía también a la inteligencia y el contraste que existía entre los intereses mezquinos de la demagogia política que enfrentaba entre sí a los pueblos y la comunidad espiritual que existía entre los intelectuales. Veía, por lo mismo, la única posibilidad de futuro en la unión y en la influencia que los intelectuales pudieran ejercer en el pueblo. Como el José Martí de “Nuestra América”, Reyes estaba igualmente convencido de que, en la situación peculiar de Iberoamérica, “trin-

<sup>83</sup> *AROC*, t. 11, p. 83.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 82.

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. 68.

<sup>86</sup> *AROC*, t. 3, pp. 134-135.

cheras de ideas valen más que trincheras de piedra''. Cree, por ello, que

cuando los intelectuales de América se hayan dado la mano, habrá cambiado fundamentalmente la vida política americana. Porque entre todas las energías del mundo, el espíritu es el transformador, el modelador más activo: es el escultor que nos labra<sup>87</sup>.

Estas palabras, de su ensayo "En el día americano", de 1932, expresan con nitidez el presupuesto teórico que anima el programa social de Reyes. Veía en la diferencia el complemento, por lo que al intelectual sólo le exigía dedicación en su empresa y sinceridad consigo mismo y con su circunstancia. Lo importante era identificar a esas minorías selectas para promover luego los encuentros. De ahí que no sean casuales sus relaciones con los intelectuales iberoamericanos y que cuando las circunstancias fueron propicias —la inauguración del Centro de Estudios Filosóficos en la Universidad de México y la creación de El Colegio de México— Reyes se apresurara a infundirles un sentido de misión que, partiendo de la circunstancia mexicana, trascendiera a todo el ámbito iberoamericano. Fue también el promotor de una cooperación interamericana que se inicia entre México —Samuel Ramos desde la Universidad y José Gaos desde El Colegio de México— y Argentina —Francisco Romero— y que después Leopoldo Zea haría continental. En un ensayo escrito en 1941, "El diálogo de América", nos señala Reyes la importancia que él atribuía a ese antiguo sueño suyo que ahora ve convertido en realidad:

Quisiera señalar al lector una singular y recientísima manifestación de la inteligencia americana, que merece considerarse como un acontecimiento social. Refiérese precisamente al orden teórico por excelencia: a la filosofía. Los nuevos grupos filosóficos de México y de Buenos Aires trabajan en estos días con una ejemplar solidaridad''<sup>88</sup>.

De esta cooperación surgió el proyecto, entre otros, de investigar y publicar las historias del pensamiento nacional, como primer paso para recuperar la unidad del pensamiento iberoamericano.

La conquista de América había sido obra de individualidades y a ellas se debía también el dinamismo que caracterizó al mesti-

<sup>87</sup> *AROC*, t. 11, p. 66.

<sup>88</sup> *AROC*, t. 9, p. 232.

zaje creador de los primeros siglos de la Colonia. América era entonces su propio centro. Luego, durante el siglo XVIII, los intelectuales trasladan poco a poco su mirada a Europa y, durante la independencia política, a Estados Unidos. Surge así la mentalidad colonial: la imitación y un complejo de periferia que absorbe todavía hoy la vida iberoamericana. La inteligencia fue la que entonces dejó de cumplir su misión y ha de ser la inteligencia la que de nuevo traslade su centro a las costas americanas. Había llegado, en opinión de Reyes, el momento de la acción conjunta. El intelectual debía ser hombre de acción: “Entre nosotros no hay, no puede haber torres de marfil”<sup>89</sup>, pues “los sabios tienen todavía que ser hombres públicos”<sup>90</sup>. Con ello, Reyes quiere decir que los intelectuales

se abracen decididamente con la inquietud social de su época, y aporten sus luces y su voluntad, su teoría y también su práctica. [...] Ábrase paso la Inteligencia: reclame su sitio en la primera trincheira. Y los que sólo tengan costumbre de tratar con ideas y no sepan tratar con hombres, éstos, que acepten su dolor. Aquí os traigo el aforismo de Goethe: “No basta saber: hay que aplicar. No basta querer: hay que obrar”<sup>91</sup>.

#### HACIA UNA FILOSOFÍA DE LA LIBERACIÓN

Alfonso Reyes pretendió ser una ventana abierta a las corrientes de la cultura universal y así lo fue en efecto. Mostró Iberoamérica a los europeos e insistió en la fuerza y vigencia del elemento europeo en la propia cultura mestiza. Pero si fue una “ventana abierta”, en cuanto fraguó lazos de diálogo, no lo fue en el posible significado de neutralidad o pasividad que su propia imagen podría sugerir. Alfonso Reyes fue un forjador de ideas, un incitador de espíritus en la línea de las figuras más representativas del pensamiento iberoamericano. Y como ellos, no escapó del forcejeo de las ideas de su tiempo ni pudo resistir la proyección utópica de la América posible que él soñaba. Es más, exigía a sus contemporáneos esta visión elevada de su propio futuro: “Los que siguen concibiendo a América como un posible teatro de mejores experiencias humanas son nuestros amigos. Los que nos niegan

<sup>89</sup> *AROC*, t. 11, p. 86.

<sup>90</sup> *Ibid.*, p. 69.

<sup>91</sup> *Ibid.*, p. 70.

esta esperanza son los enemigos de América”<sup>92</sup>. Reyes acepta la tesis de Hegel —“después de todo, la historia de América ha sido una serie de carreras por atajos, para ponernos al día en menos tiempo”—<sup>93</sup>, pero lo hace pensando que “la catástrofe europea ha venido a ser un aviso providencial que nos despierta de la infancia”<sup>94</sup>. Es decir, su énfasis no está en la posible juventud inicial de los países iberoamericanos, ni siquiera en el proceso hacia la madurez que se siguió, sino en el momento actual. El caos europeo de la década de los treinta y el radicalismo que llevó a la guerra en los cuarenta parecían dar razón a las tesis de Spengler y Reyes ve la situación apremiante: “No hay tiempo de preguntarnos ya si estamos maduros para recoger la herencia de una cultura y transportarla definitivamente a nuestros cauces”<sup>95</sup>. Era la hora de América: “Hay que decidirse y repetirse que ha llegado el momento. ¡Ahora o nunca!”<sup>96</sup>. América alcanza su momento histórico en una encrucijada de la humanidad en la cual la técnica conseguida por la civilización europea iba a permitir superar las culturas regionales en una proyección global para la cual, creía Reyes de acuerdo con Vasconcelos, Iberoamérica estaba especialmente preparada. Hoy por hoy, nos dice Reyes, “podemos ya decir que nuestra América no quiere imitar, sino que aplica las técnicas adquiridas de Europa a la investigación de los fenómenos propios, lo cual, al mismo tiempo, le va revelando la posibilidad de nuevas técnicas americanas”<sup>97</sup>.

El mismo hecho de ser Iberoamérica el resultado de una amalgama de culturas añadía potencialidad a las proyecciones universalistas de Reyes. Pues para él, “toda la herencia cultural del mundo pasa a ser un patrimonio” de Iberoamérica, y el universalismo viene “a ser el inesperado efecto benéfico de la formación colonial”<sup>98</sup>. Reyes inicia sus reflexiones con México, que él considera “un caso agudo y expresivo de la cuestión americana”<sup>99</sup>, pero al proyectarlas en un contexto universal, su pensamiento adquiere dimensión continental. El pensamiento de Reyes se entronca, es verdad, con los comienzos de la recuperación de la cultura propia, cuando todavía no se había llegado a una formulación sis-

<sup>92</sup> *Ibid.*, p. 81.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 123.

<sup>94</sup> *Ibid.*, p. 114.

<sup>95</sup> *Loc. cit.*

<sup>96</sup> *AROC*, t. 11, p. 115.

<sup>97</sup> *Loc. cit.*

<sup>98</sup> *AROC*, t. 11, p. 264.

temática, pero ello no impidió que llegara a entrever, como veremos, su dirección actual. Su máxima hubiera sido: haz de América tu centro y mira a ver qué puede ofrecer al mundo. Ya en 1932, nos recordaba: “De tiempo a esta parte [...] vengo sintiendo la necesidad, y saciándola como puedo, de someter nuestra América a los grandes reactivos del pensamiento, para ver lo que de ello resulta”<sup>100</sup>.

Desde la atalaya privilegiada que le proporciona su perspectiva internacional, Reyes es testigo de la vertiginosa transformación de los países del mundo hacia una aproximación que le parece a él inevitable. Ello confirma también su visión universalista y le reafirma en su posición de que “la cultura está llamada, siquiera teóricamente, a ser una. Y precisamente, ante esa esperanza de unificación, aparece América como un laboratorio posible para este ensayo de síntesis”<sup>101</sup>. Y es un “laboratorio posible” porque su base mestiza dota a los países iberoamericanos de “un sentido internacional, de una elasticidad envidiable para concebir el vasto panorama humano en especie de unidad y conjunto”<sup>102</sup>. Éste es justamente el camino que ha seguido el pensamiento iberoamericano y su repercusión internacional actual se encuentra, en efecto, en que ha sabido “concebir el vasto panorama humano” en su formulación de una filosofía de la liberación. De ahí también que desde la perspectiva de nuestro presente nos parezca acertado Reyes cuando define el “sentido del americanismo” como el “esfuerzo para armonizar un continente en servicio de la humanidad”<sup>103</sup>. Para América “se trata de una toma de posición y acaso de una toma de posesión de la cultura”<sup>104</sup>.

Los conceptos de una toma de “posición” y de “posesión” deben ser entendidos en conexión con el concepto de la invención de América, y de “última Tule”. En la historia occidental, América se presenta como una entidad sin carácter propio. Su existencia se describe en términos de lo europeo, de una Europa que necesita más la América inventada que la América real. América importaba no por lo que era, sino por lo que representaba: posible laboratorio de desahogo utópico. De aquí también las tres etapas que esquematizan su desarrollo hasta el presente. La primera

<sup>99</sup> *AROC*, t. 8, p. 434.

<sup>100</sup> *Ibid.*, p. 433.

<sup>101</sup> *AROC*, t. 11, p. 255.

<sup>102</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>103</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>104</sup> *Ibid.*, p. 255.

es la América propiamente europea, la última Tule precolombiana. La segunda etapa se inicia con la llegada de Colón al continente americano; surge ante la conciencia occidental una nueva realidad, pero Europa prefiere hablar de un “descubrimiento”, de un “nuevo” continente; es decir, proyecta ahora su visión utópica sobre nuevas tierras; no le importa conocerlas, sólo las necesita en su idealismo de regenerarse a sí misma. La tercera etapa, la actual, la que visualiza Reyes, corresponde a la toma de conciencia de los iberoamericanos de su realidad, de una realidad que, precisamente por su base de mestizaje, contiene también fuerte dosis del idealismo utópico que aportaba su ingrediente europeo. Pero ahora, por primera vez, no responde a necesidades externas, sino que es una visión que crece desde dentro hasta convertirse en objetivo interno y misión de destino universal. Reyes nos habla ya en 1931 en estos términos cuando reflexionaba sobre “la fórmula nueva que habrá de salir de tanta mezcla, fórmula que no se ha de presentar como exclusividad americana —esto no tendría ningún sentido— sino como un ensayo americano de mayor felicidad para uso de todos los hombres”<sup>105</sup>. Y no podría ser de otro modo, pues al responder a una pluralidad, sus soluciones, aun cuando se dirigían a problemas propios, se basaban en esencialidades que por primera vez superan los peculiarismos superficiales de las culturas regionales.

Reyes, y es necesario repetirlo de nuevo para evaluar justamente el alcance de su pensamiento, pertenece a la generación que inicia la recuperación del pasado iberoamericano desde presupuestos propios, recuperación que era necesaria hacer antes de empezar la formulación teórica del actual pensamiento iberoamericano. Ello no impidió, sin embargo, que con agudeza intuyera la dirección que éste iba a adquirir. En efecto, el pensamiento iberoamericano, en su faceta creadora de una filosofía de la liberación, ha tomado *posesión* de lo esencial de la cultura europea, del reconocimiento de la Humanidad del hombre y sus derechos inherentes de libertad e igualdad. Pero al mismo tiempo, ha tomado también posición ante la interpretación de hecho europea-estadounidense, y reclama que esa humanidad que forma la base de su civilización se transfiera, se reconozca también en los demás pueblos que habitan la tierra. Éste es el alcance, tan próximo por lo demás a algunos principios centrales de la actual teología de la liberación, de las siguientes citas de Reyes, tomadas de

<sup>105</sup> AROC, t. 8, p. 304.

“Reflexiones sobre el mexicano”, de 1944, con motivo de la obra de Samuel Ramos:

*¿El perfil del hombre mexicano, Samuel Ramos, amigo admirado y querido? Lo veremos claro cuando alimentemos a nuestro hombre, cuando lo reconciliemos con la existencia [ . . . ] ¿Cuál será, entonces, este perfil? ¿Qué dará de sí nuestra gente cuando haya resuelto y edificado la base de sustentación? [ . . . ] Cuando pensamos en el país, vagamente nuestra subconsciencia nos representa inmensos reducidos de poblaciones que arrastran una existencia infrahumana. ¿Qué será este pueblo, una vez que todos sus hombres hayan tenido acceso al Hombre?<sup>106</sup>*

Por ello concluye: “Alfabeto, sí. Pan del alma. Ha dicho muy bien el Presidente, en una manifestación que, más que un decreto, parece un grito humano. Pero, al lado, y antes, pan del cuerpo; algo de bienestar, algo de alegría en el vivir físico”<sup>107</sup>. Tal es el alcance del pensamiento de Reyes: su dimensión mexicana, su formulación iberoamericana y su proyección universal.

JOSÉ LUIS GÓMEZ-MARTÍNEZ  
The University of Georgia

<sup>106</sup> AROC, t. 9, p. 422.

<sup>107</sup> *Loc. cit.*